

Moro: mientras tú vas allá. Si han salido vueltes, montas á caballo, y en una buena carrera que des, los alcanzas..... ¿Las dos aqui, eh?.... Con que vete, no se pierda tiempo.

(Despues de hablar los dos, inmediatos á la puerta del cuarto de Don Diego, se va Simon por la del foro.)

SIMON.

Voy allá.

D. DIEGO.

Mucho se madruga, Doña Paquita.

DOÑA FRANCISCA.

Sí señor.

D. DIEGO.

¿Ha llamado ya Doña Irene?

DOÑA FRANCISCA.

No señor..... Mejor es que vayas allá, por si ha despertado y se quiere vestir.

(Rita se va al cuarto de Doña Irene.)

ESCENA VIII.

DON DIEGO. DOÑA FRANCISCA.

D. DIEGO.

¿Usted no habrá dormido bien esta noche?

DOÑA FRANCISCA.

No señor. ¿Y usted?

D. DIEGO.

Tampoco.

DOÑA FRANCISCA.

Ha hecho demasiado calor.

D. DIEGO.

¿Está usted desazonada?

DOÑA FRANCISCA.

Alguna cosa.

D. DIEGO.

¿Qué siente usted?

(Siéntase junto á Doña Francisca.)

DOÑA FRANCISCA.

No es nada..... Asi un poco de..... Nada..... no tengo nada.

D. DIEGO.

Algo será; porque la veo á usted muy abatida, llorosa, inquieta..... ¿Qué tiene usted, Paquita? ¿No sabe usted que la quiero tanto?

DOÑA FRANCISCA.

Sí señor.

D. DIEGO.

¿Pues por qué no hace usted mas confianza

de mí? ¿Piensa usted que no tendré yo mucho gusto en hallar ocasiones de complacerla?

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

¿Pues cómo, sabiendo que tiene usted un amigo, no desahoga con él su corazón?

DOÑA FRANCISCA.

Porque eso mismo me obliga á callar.

D. DIEGO.

Eso quiere decir que tal vez yo soy la causa de su pesadumbre de usted.

DOÑA FRANCISCA.

No señor, usted en nada me ha ofendido.... No es de usted de quien yo me debo quejar.

D. DIEGO.

¿Pues de quien, hija mia?.... Venga usted acá.... (*Acércase mas.*) Hablemos siquiera una vez sin rodeos ni disimulación.... Dígame usted, ¿no es cierto que usted mira con algo de repugnancia este casamiento que se la propone? ¿Cuánto va que si la dejasen á usted entera libertad para la elección, no se casaría conmigo?

DOÑA FRANCISCA.

Ni con otro.

D. DIEGO.

¿Será posible que usted no conozca otro mas amable que yo, que la quiera bien, y que la corresponda como usted merece?

DOÑA FRANCISCA.

No señor, no señor.

D. DIEGO.

Mírelo usted bien.

DOÑA FRANCISCA.

¿No le digo á usted que no?

D. DIEGO.

¿Y he de creer, por dicha, que conserve usted tal inclinación al retiro en que se ha criado, que prefiera la austeridad del convento á una vida mas....

DOÑA FRANCISCA.

Tampoco, no señor.... Nunca he pensado así.

D. DIEGO.

No tengo empeño de saber mas.... Pero de todo lo que acabo de oír, resulta una gravísima

contradiccion. Usted no se halla inclinada al estado religioso, segun parece. Usted me asegura que no tiene queja ninguna de mí, que está persuadida de lo mucho que la estimo, que no piensa casarse con otro, ni debo rezelar que nadie me dispute su mano. . . . ¿Pues qué llanto es ese? ¿De dónde nace esa tristeza profunda, que en tan poco tiempo ha alterado su semblante de usted en términos que apenas le reconozco? ¿Son estas las señales de quererme exclusivamente á mí, de casarse gustosa conmigo dentro de pocos dias? ¿Se anuncian así la alegría y el amor?

(Vase iluminando lentamente el teatro, suponiéndose que viene la luz del día.)

DOÑA FRANCISCA.

¿Y qué motivos le he dado á usted para tales desconfianzas?

D. DIEGO.

¿Pues qué? Si yo prescindo de estas consideraciones, si apresuro las diligencias de nuestra union, si su madre de usted sigue aprobándola, y llega el caso de. . . .

DOÑA FRANCISCA.

Haré lo que mi madre me manda, y me casaré con usted.

D. DIEGO.

¿Y despues, Paquita?

DOÑA FRANCISCA.

Despues. . . . y mientras me dure la vida seré muger de bien.

D. DIEGO.

Eso no lo puedo yo dudar. . . . Pero si usted me considera como el que ha de ser hasta la muerte su compañero y su amigo, dígame usted, estos títulos ¿no me dan algun derecho para merecer de usted mayor confianza? ¿No he de lograr que usted me diga la causa de su dolor? Y no para satisfacer una impertinente curiosidad, sino para emplearme todo en su consuelo, en mejorar su suerte, en hacerla dichosa, si mi conato y mis diligencias pudiesen tanto.

DOÑA FRANCISCA.

¿Dichas para mí! Va se acabaron.

D. DIEGO.

¿Por qué?

DOÑA FRANCISCA.

Nunca diré por qué.

D. DIEGO.

¿Pero qué obstinado, qué imprudente silen-

cio!.... cuando usted misma debe presumir que no estoy ignorante de lo que hay.

DOÑA FRANCISCA.

Si usted lo ignora, señor Don Diego, por Dios no finja que lo sabe; y si en efecto lo sabe usted, no me lo pregunte.

D. DIEGO.

Bien está. Una vez que no hay nada que decir, que esa afliccion y esas lágrimas son voluntarias, hoy llegaremos á Madrid, y dentro de ocho dias será usted mi muger.

DOÑA FRANCISCA.

Y daré gusto á mi madre.

D. DIEGO.

Y vivirá usted infeliz.

DOÑA FRANCISCA.

Ya lo sé.

D. DIEGO.

Ve aquí los frutos de la educacion. Esto es lo que se llama criar bien á una niña; enseñarla á que desmienta y oculte las pasiones mas inocentes con una pérfida disimulacion. Las juzgan

honestas luego que las ven instruidas en el arte de callar y mentir. Se obstinan en que el temperamento, la edad ni el genio no han de tener influencia alguna en sus inclinaciones, ó en que su voluntad ha de torcerse al capricho de quien las gobierna. Todo se las permite, menos la sinceridad. Con tal que no digan lo que sienten, con tal que finjan aborrecer lo que mas desean, con tal que se presten á pronunciar, cuando se lo manden, un sí perjuro, sacrilego, origen de tantos escándalos, ya estan bien criadas; y se llama excelente educacion la que inspira en ellas el temor, la astucia y el silencio de un esclavo.

DOÑA FRANCISCA.

Es verdad..... Todo eso es cierto..... Eso exigen de nosotras, eso aprendemos en la escuela que se nos da..... Pero el motivo de mi afliccion es mucho mas grande.

D. DIEGO.

Sea cual fuere, hija mia, es menester que usted se anime..... Si la ve á usted su madre de esa manera, ¿qué ha de decir?..... Mire usted que ya parece que se ha levantado.

DOÑA FRANCISCA.

¡Dios mio!

D. DIEGO.

Si, Paquita: conviene mucho que usted vuelva un poco sobre sí.... No abandonarse tanto.... Confianza en Dios.... Vamos, que no siempre nuestras desgracias son tan grandes como la imaginacion las pinta.... ¡Mire usted qué desorden este! ¡qué agitacion! ¡qué lágrimas! Vaya, ¿me da usted palabra de presentarse así.... con cierta serenidad y.... eh?

DOÑA FRANCISCA.

Y usted, señor.... Bien sabe usted el genio de mi madre. Si usted no me defiende, ¿á quién he de volver los ojos? ¿Quién tendrá compasion de esta desdichada?

D. DIEGO.

Su buen amigo de usted.... Yo.... ¿Cómo es posible que yo la abandonase, criatura, en la situacion dolorosa en que la veo?

(Asiéndola de las manos.)

DOÑA FRANCISCA.

¿De veras?

D. DIEGO.

Mal conoçe usted mi corazon.

DOÑA FRANCISCA.

Bien le conozco.

(Quiere arrodillarse, Don Diego se lo estorba, y ambos se levantan.)

D. DIEGO.

¿Qué hace usted, niña?

DOÑA FRANCISCA.

Yo no sé.... ¿Qué poco merece toda esa bondad una muger tan ingrata para con usted!.... No, ingrata no, infeliz.... ¡Ay, qué infeliz soy, señor Don Diego!

D. DIEGO.

Yo bien sé que usted agradece como puede el amor que la tengo.... Lo demas todo ha sido.... ¿qué sé yo?.... una equivocacion mia, y no otra cosa.... Pero usted, inocente, usted no ha tenido la culpa

DOÑA FRANCISCA.

Vamos.... ¿No viene usted?

D. DIEGO.

Ahora no, Paquita. Dentro de un rato iré por allá.

DOÑA FRANCISCA.

Vaya usted presto.

(Encaminándose al cuarto de Doña Irene, vuelve y se despide de Don Diego besándole las manos.)

D. DIEGO.

Sí, presto iré.

ESCENA IX.

SIMON. DON DIEGO.

SIMON.

Ahí estan, señor.

D. DIEGO.

¿Qué dices?

SIMON.

Cuando yo salía de la puerta, los ví á lo lejos que iban ya de camino. Empecé á dar voces y hacer señas con el pañuelo: se detuvieron, y apenas llegué y le dije al señorito lo que usted mandaba, volvió las riendas, y está abajo. Le encargué que no subiera hasta que le avisara yo, por si acaso habia gente aqui, y usted no queria que le viesen.

D. DIEGO.

¿Y qué dijo cuando le diste el recado?

SIMON.

Ni una sola palabra. . . . Muerto viene. . . .
Ya digo, ni una sola palabra. . . . A mí me ha dado compasion el verle asi, tan. . . .

D. DIEGO.

No me empieces ya á interceder por él.

SIMON.

¿Yo, señor?

D. DIEGO.

Sí, que no te entiendo yo. . . . ¡Compasion! . . .
Es un pícaro.

SIMON.

Como yo no sé lo que ha hecho.

D. DIEGO.

Es un bribon, que me ha de quitar la vida. . . . Ya te he dicho que no quiero intercesores.

SIMON.

Bien está, señor.

(Vase por la puerta del foro. Don Diego se sienta, manifestando inquietud y enojo.)

D. DIEGO.

Dile que suba.

ESCENA X.

DON CARLOS. DON DIEGO.

D. DIEGO.

Venga usted acá, señorito, venga usted. . . .
¿En dónde has estado desde que no nos vemos?

D. CARLOS.

En el meson de afuera.

D. DIEGO.

¿Y no has salido de allí en toda la noche,
eh?

D. CARLOS.

Sí señor, entré en la ciudad y. . . .

D. DIEGO.

¿A qué? . . . Siéntese usted.

D. CARLOS.

Tenia precision de hablar con un sugeto. . . .

(Siéntase.)

D. DIEGO.

¡Precision!

D. CARLOS.

Sí señor. . . . Le debo muchas atenciones, y

no era posible volverme á Zaragoza sin estar primero con él.

D. DIEGO.

Ya. En habiendo tantas obligaciones de por medio. . . . Pero venirle á ver á las tres de la mañana, me parece mucho desacuerdo. . . . ¿Por qué no le escribiste un papel? . . . Mira, aqui he de tener. . . . Con este papel que le hubieras enviado en mejor ocasion, no habia necesidad de hacerle trasnochar, ni molestar á nadie.

(Dándole el papel que tiraron á la ventana. Don Carlos luego que le reconoce, se le vuelve y se levanta en ademán de irse.)

D. CARLOS.

Pues si todo lo sabe usted, ¿para qué me llama? ¿Por qué no me permite seguir mi camino y se evitaria una contestacion, de la cual ni usted ni yo quedaremos contentos?

D. DIEGO.

Quiere saber su tío de usted lo que hay en esto, y quiere que usted se lo diga.

D. CARLOS.

¿Para qué saber mas?

D. DIEGO.

Porque yo lo quiero y lo mando. ¡Oiga!

*

D. CARLOS.

Bien está.

D. DIEGO.

Siéntate ahí..... (*Siéntase Don Carlos.*) ¿En dónde has conocido á esta niña?... ¿Qué amor es este? ¿Qué circunstancias han ocurrido?... ¿Qué obligaciones hay entre los dos? ¿Dónde, cuándo la viste?

D. CARLOS.

Volviéndome á Zaragoza el año pasado, llegué á Guadalajara sin ánimo de detenerme; pero el intendente, en cuya casa de campo nos apeamos, se empeñó en que habia de quedarme allí todo aquel día, por ser cumpleaños de su parienta, prometiéndome que al siguiente me dejaria proseguir mi viaje. Entre las gentes convidadas hallé á Doña Paquita, á quien la señora habia sacado aquel día del convento para que se esparciese un poco..... Yo no sé qué vi en ella, que excitó en mí una inquietud, un deseo constante, irresistible de mirarla, de oirla, de hallarme á su lado, de hablar con ella, de hacerme agradable á sus ojos..... El intendente dijo entre otras cosas..... burlándose..... que yo era muy enamorado, y le ocurrió fingir que me llamaba Don Felix de Toledo. Yo sostuve esta fic-

cion, porque desde luego concebí la idea de permanecer algun tiempo en aquella ciudad, evitando que llegase á noticia de usted..... Observé que Doña Paquita me trató con un agrado particular, y cuando por la noche nos separamos, yo quedé lleno de vanidad y de esperanzas, viéndome preferido á todos los concurrentes de aquel día, que fueron muchos. En fin..... Pero no quisiera ofender á usted refiriéndole.....

D. DIEGO.

Prosigue.

D. CARLOS.

Supé que era hija de una señora de Madrid, viuda y pobre, pero de gente muy honrada..... Fue necesario fiar de mi amigo los proyectos de amor que me obligaban á quedarme en su compañía: y él, sin aplaudirlos ni desaprobarlos, halló disculpas las mas ingeniosas para que ninguno de su familia extrañára mi detencion. Como su casa de campo está inmediata á la ciudad, fácilmente iba y venia de noche..... Logré que Doña Paquita leyese algunas cartas mias, y con las pocas respuestas que de ella tuve, acabé de precipitarme en una pasion, que mientras viva me hará infeliz.